
Saturnus
MELANCHOLIA
Maiores terræ, vates Saturnius adoptat
Falciger, & quibus est sana nulla bracia mentis.

Malignata

MALIGNATA[1]

(TRABAJO DE GRADO EN MODALIDAD DE CREACIÓN)

KELY YOHANA GALEANO TOVAR

UNIVERSIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS
FACULTAD DE CIENCIAS Y EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN HUMANIDADES Y LENGUA CASTELLANA

TRABAJO DE GRADO EN MODALIDAD DE CREACIÓN
BOGOTÁ D.C.
2022

[1] Concepto propio que refiere a la melancolía maligna.
Portada: "Saturno y sus hijos", Hermann Müller. Tomado de: Klibansky, R., Panofsky, & Saxl. (1991). *Saturno y la melancolía.* Madrid: Alianza.

MALIGNATA

KELY YOHANA GALEANO TOVAR
Código: 20141160022

RUBÉN MUÑOZ FERNÁNDEZ
Director de trabajo de grado

UNIVERSIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS
FACULTAD DE CIENCIAS Y EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN HUMANIDADES Y LENGUA CASTELLANA
BOGOTÁ D.C.
2022

RESUMEN ANALÍTICO ESPECIALIZADO

Tipo de documento: Trabajo de grado en modalidad de creación
Acceso al documento: Repositorio Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Título del documento: *Malignata*
Autora: Kely Yohana Galeano Tovar
Director: Rubén Muñoz Fernández
Palabras clave: Melancolía, malignidad, bilis negra, muerte, vino, locura, poesía.
Descripción: En este documento se presenta el ensayo titulado *Malignata: La melancolía maligna en la creación poética,* breve reflexión en la cual se pretende dar a conocer los lazos que han forjado este puente entre la creación poética y la categoría propuesta de melancolía maligna partiendo de un rápido bosquejo acerca del decurso de la melancolía en la historia, algunas cortas definiciones de conceptos asociados y el ejercicio de creación reflejado en *Malignata,* poemario que resulta de tal cavilación.
Contenido: ● **Ensayo:** *Malignata: La melancolía maligna en la creación poética* ● **Poemario:** *Malignata*
Enfoque metodológico: ● Escritura y reflexión han ido de la mano en este trabajo, en el cual se ha procurado cavilar, recurriendo a algunas fuentes de carácter teórico y literario, en lo que refiere a la creación poética y sus posibilidades. Lo anterior, por supuesto, ha dado cabida a algunos interrogantes que surgen desde la construcción de *Malignata,* dirigidos a cómo habita la melancolía, vinculada con lo maligno, como potencia en el acto de escribir y escribirse desde el exceso y la provocación, preguntas que han tratado de tomar un rumbo de indagación en el ejercicio de reflexión que se ha propuesto en *Malignata: La melancolía maligna en la creación poética***.**

Bibliografía

Acuña, H. (s.f.). *Sonetos de Hernando Acuña*. Obtenido de Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonetos-de-hernando-de-acuna--0/html/fff7a8c2-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.html#I_46_

Alighieri, D. (2021). *La divina comedia: Infierno.* Bogotá: Penguin Random House.

Aristóteles. (2007). *El hombre de genio y la melancolía: problema XXX.* Bacelona: Acantilado.

Asciprensa. (s.f.). *Biografía de San Lorenzo, Diácono y Mártir*. Obtenido de Asciprensa: https://www.aciprensa.com/recursos/biografia-2916

Bataille, G. (2000). *La literatura y el mal.* El Aleph. Obtenido de https://direccionmultiple.files.wordpress.com/2012/08/bataille-georges-la-literatura-y-el-mal.pdf

Baudelaire, C. (2010). *Los paraísos artificiales/ El vino y el hachis/ La fanfarlo.* Madrid: Edimat.

Baudelaire, C. (2017). *Las flores del mal, El spleen de París, Los paraísos artificiales.* Barcelona: Penguin Random House.

Branco, C. C. (2013). Selección de poemas de Camilo Castelo Branco. En P. Pérez, *Los mató la vida: antología de escritores suicidas portugueses.* Medellín: Tragaluz.

Burton, R. (2006). *La anatomía de la melancolía.* Madrid: Alianza.

Carvajal, A. (2000). *Los poetas malditos.* Bogotá: Panamericana.

Castillo, A. (2001). *Muerte del sol en la sombra.* Bogotá: Agustín Castillo Editor.

Crespo, M. S. (2005). Introducción. En Lautréamont, *Los cantos de Maldoror* (págs. 9-73). Madrid: Cátedra.

Freitas, J. (2013). Melancolía y flema. *Tópicos*, 197-234. Obtenido de https://revistas.up.edu.mx/topicos/article/view/613/565

Freitas, J. (2016). Elogio de la melancolía: una historía marginal de la bilis negra. *Revista internacional de filosofía*, 817-816. Obtenido de http://dx.doi.org/10.6018/daimon/269091

Hipócrates. (1983). *Tratados hipocráticos I.* Madrid: Gredos.

Klibansky, R., Panofsky, & Saxl. (1991). *Saturno y la melancolía.* Madrid: Alianza.

Laranjeira, M. (2013). Selección de poemas. En Pérez, *Los mató la vida: antología de escritores suicidas portugueses.* Medellín: Tragaluz.

Lautréamont. (2005). *Los cantos de Maldoror.* Madrid: Cátedra.

Milton, J. (2015). *El paraiso perdido.* Barcelona: Austral.

Navas, A. (2007). La belleza satánica: el diablo melancólico. *Boletín de Artenº 28, Departamentode Historia del Arte, Universidad de Málaga*, 153-172. Obtenido de https://revistas.uma.es/index.php/boletin-de-arte/article/view/4478/4174

Nerval, G. d. (2018). *Las quimeras y otros poemas.* Madrid: Visor.

Núñez, R. (2008). Sobre la bilis negra o mal de Saturno. *Ars Medica. Revista de Humanidades, 7*(2), 174-189. Obtenido de https://www.fundacionpfizer.org/sites/default/files/ars_medica_jun_2008_vol07_num02_174_sobre_la_bilis_negra_o_mal_de_saturno.pdf

Pigeaud, J. (2007). Prólogo. En Aristóteles, *El hombre de genio y la melancolía* (págs. 9-73). Barcelona: Acantilado.

Pizarnik, A. (1994). *Obras completas.* Medellín: Holderlin.

Poe, E. (2017). *Ensayos y críticas. La filosofía de la composición o Método de composición.* Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana. Obtenido de http://www.elperroylarana.gob.ve/wp-content/uploads/2017/10/ensayos_y_criticas.pdf

Quental, A. d. (2013). Selección de poemas. En P. Pérez, *Los mató la vida: antología de escritores suicidas portugueses.* Medellín: Tragaluz.

Rimbaud, A. (2008). *Poesías completas.* Madrid: Cátedra.

Rimbaud, A. (2011). *Una temporada en el infierno.* Madrid: Alianza.

Verlaine, P. (2018). *Poesía.* Madrid: Visor.

Contenido

Malignata: La melancolía maligna en la creación poética 9
Consideraciones iniciales 9
La melancolía maligna se escribe desde las profundidades de una fosa séptica 13
Una voz que surge del infierno 17
La bilis negra: Vino maligno de los melancólicos 21
Escribo para poder morir 25
Bibliografía 30
MALIGNATA 32
Malignata 33
Malignata 34
Devoción 35
Deprecación 36
Ten misericordia de mí, madre 37
Súplica 38
Plegaria 39
Clamor 40
Abnegación 41
Apostasía 42
La auténtica tentación 43
Destierro 44
Lamento 46
El sacrificio 47
Anatema 48
Vesania 49
Los errantes y la muerte 50
Un tétrico vuelo 51
Autocontemplación en la miseria 52
Los perros de Tíndalos: Cerbero 53
Los perros de Tíndalos: Diógenes 54
Los perros de Tíndalos: Anubis 55
El parricida 56

Siempre será octubre 57
La cena de los muertos 58
El bosque de los muertos 59
Leteo 60
Tercer acto: transparencia 61
El exilio de Saturno 62
Damnación 63
El decadente 64
El austero 65
Túmulo 66
Spiritus frumenti 67
La muerte de Judas 68
No-Ángelus 69
Responso (emisario de Dios) 70
Exitus letalis 71
Cáncer 72
El suicida 73
Sepultura entre cardos: I. Sueño de la muerte 74
Sepultura entre cardos: II. Incineración 75
Larvario 76
Bilis negra 77

«Oh, almas que habéis venido juntas
a ver estos estragos deshonestos
que sin hojas desnudo me han dejado,
recogedlas al pie del triste arbusto […].»
Divina Comedia: Infierno, Dante Alighieri.

[…] solícita
La Desesperación de cama en cama
Cuidaba a los enfermos; y triunfante
La Muerte blandía encima de ellos
Su dardo, pero retardaba el tiro,
Aunque invocada con frecuentes ruegos
Como un gran bien y la última esperanza.
El paraíso perdido, John Milton.

Enfermedad y Muerte hacen cenizas
del fuego en que el vivir nos ha quemado.
El retrato, Charles Baudelaire

Malignata: La melancolía maligna en la creación poética

Consideraciones iniciales

¿Por qué tendría toda concepción de melancolía que verse allanada por la vertiente que desemboca únicamente en la tristeza? Soy uno y todos al mismo tiempo, es lo que podría versar la idea acerca del melancólico polimorfo que expone Aristóteles en la disertación que le es atribuida: *El problema XXX*. Si bien, al poetizar la melancolía, se ha escuchado usualmente su tratamiento a partir de la cercanía con la tristeza[2], que, sin duda, es inseparable de ella, la perspectiva desde la que parte este breve análisis y propuesta involucran necesariamente a la malignidad, lo maligno, como fuerza potenciadora de la melancolía.

Según dijera Freitas «El interpretar al melancólico como un ser necesariamente triste nos lleva, en efecto, a un ofuscamiento inminente de la riqueza conceptual de la melancolía» (2013, pág. 216), por lo que se entiende que es fundamental abrir paso a las diversas definiciones y sus distintos antecedentes para poder contrastar los significados derivados de éstos, con la finalidad de distanciar la melancolía como fuera entendida en diversos momentos históricos, de la que, acompañada de la malignidad, constituye el nodo de esta reflexión, que la supone al centro o, si se quiere, al fondo de mi ejercicio de escritura.

La melancolía fue concebida en algunas épocas como un humor pesado y oscuro, capaz de trastornar a una persona si ésta adolecía de un exceso de la llamada *bilis negra*, idea que más adelante se une a la concepción aristotélica del vino y la embriaguez, cuestión que se irá desarrollando en esta reflexión; asimismo, es necesario tener presente la teoría hipocrática de los humores, pues en esta reside un bosquejo de los que fueron clasificados como fundamentales para la diferenciación entre afecciones corporales y emocionales involucradas, (aunque quien desarrollaría el asunto de los tipos temperamentales sería Galeno[3]). Ya en la Edad Media pasa a identificarse con suma proximidad a lo demoníaco, percibido desde lo que fuera la melancolía como manifestación de espíritus malignos y locura, nexo fortalecido más por los postulados estoicos, que por otras fuentes.

Hay algo interesante en la clasificación que se da de los melancólicos desde los preceptos aristotélicos y tiene que ver con la diferencia entre las enfermedades causadas por la melancolía, algunas pasajeras, por excesos momentáneos, y otras que se manifiestan como temperamento melancólico permanente. Sin embargo, los excesos se dan en ambos casos y el

[2] *Cfr.* Klibansky, R., Panofsky, & Saxl. (1991). *Saturno y la melancolía.* Madrid: Alianza. pp. 217-277.
[3] *Cfr.* Galeno. (2008). *Sobre las facultades naturales. Las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo.* Madrid: Gredos.

desequilibrio, la falta de constancia y de control sobre ello, causa que la enfermedad melancólica sea más fuerte, llegando a ser perjudicial, como la vieran los estoicos, ya que iba a contracorriente con su concepción de apatía. De manera que «Es evidente que con la *apatheia* como propuesta ataráxica de los estoicos, las características del melancólico que había descrito Aristóteles parecían temibles y de mucho cuidado, importando poco que estuviera vinculado con el hombre de genio» (Freitas, 2013, pág. 212).

Posteriormente, los autores Klibansky, Panofsky y Saxl realizan un estudio referente en *Saturno y la melancolía* (1991), el cual integra una travesía histórica que va desde los postulados hipocráticos, hasta la melancolía poética post-medieval[4], e incluso a la pintura con Durero. Siguiendo en este camino, es importante mencionar la *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton (2006), pues ha sido uno de los estudios que ha dado gran variedad de vertientes a las causas y tipos, vínculos con fenómenos físicos, psicológicos y espirituales, y que, pese a su antigüedad, aún continúa siendo fundamental para tales investigaciones. Navas (2007), vinculará la melancolía con la imagen de Satán; Nuñez (2008) y Freitas (2013, 2017) serán otros autores que se remitirán a la bilis negra para aludir a la misma.

Referente a Klibansky, Panofsky y Saxl (1991), tratan el tema de la acedia en el apartado que profundiza el asunto de la melancolía en la teología, destructivo incendio anunciado por el vínculo religioso entre ellas, pues nada más insidioso que la advertencia de un pecado cometido contra las alturas reverenciadas. No obstante, esa relación se ve enfrentada en las tríadas compuestas: la primera por lo divino, la gracia y Dios, la cual atiende a lo intangible; la segunda por lo físico, la bilis negra y el cuerpo (Pigeaud, 2007), en línea directa con lo somático.

En un contexto relacionado con el dios cristiano, la melancolía, al igual que la nostalgia, en periodos históricos como el Medioevo y los inicios del Renacimiento, fue, y vale la pena admitir, sigue siendo tratada por algunos como una enfermedad causada por acción demoníaca, para la cual la respuesta y propuesta de cura yaciera primordialmente en acercarse a Dios y seguir los preceptos morales para una vida en santidad que mantenga la sana cordura que la sociedad exige.

> Más allá del juicio moral que podría hacerse del melancólico, lo que consideramos importante destacar es la continua vinculación desde sus inicios con la tristeza y el temor, lo que permitió a los teólogos y demonólogos medievales observar al hombre con exceso de bilis negra como un poseído por el pecado capital de la acedia, por el demonio de la pereza o por el *taedium cordis* del que habla San Agustín (Freitas, 2016, pág. 818).

[4] *Cfr.* Klibansky, R., Panofsky, & Saxl. (1991). *Saturno y la melancolía.* Madrid: Alianza. pp. 217-237

Algo similar puede decirse en términos médicos, pues ambas partes acogen la melancolía en determinados momentos como un mal que debe ser tratado y corregido para poder vivir en núcleos sociales.

> También resulta interesante observar la relación existente entre las creencias en las posesiones diabólicas y la melancolía; la confusión entre ambas debió ser un hecho frecuente si atendemos a las disposiciones emitidas al respecto por el Sínodo de Reims en 1583, que declaran como un exorcista debe investigar todos los aspectos de la vida del paciente, ya que en ocasiones, los crédulos y los melancólicos tenían más necesidad de un médico que de un exorcista (Navas, 2007, pp. 168).

Es necesario tener en cuenta que la locura, la demencia y ciertos estados de delirio, han sido estudiados ampliamente en el área de la psicopatología y han tenido que ver estrechamente con el tema. En el artículo *Sobre la bilis negra o mal de Saturno* (2008) de Núñez Florencio, se cuenta cómo desde la antigüedad se venía hablando de los humores, entre los cuales se hallaba justamente el fluido de la bilis negra (*khole melas*), que se correspondía con el temperamento de la melancolía si aquel humor presentaba predominio en el cuerpo, caso en el que se daban síntomas como el mal funcionamiento del bazo, envenenamiento de la sangre, desgana, cansancio, lasitud, postración, pesadumbre y acidia, entre otros, como los estados de demencia y delirio. Justo aquí vale la pena aludir al ejemplo de la risa de Demócrito y el llanto de Heráclito, catalogadas ambas en ciertos momentos como estados melancólicos, aunque diferentes.

¿Ríen y lloran los melancólicos ante la misma oscuridad del mundo?, ¿es algo que desde dentro les impele? Así representaba Donato D'Angelo Bramante a Heráclito y a Demócrito[5] en su pintura de 1477. Demócrito reía ante la miseria que acompaña a la existencia, mientras Heráclito se despojaba de sus lágrimas ante la contemplación de esto mismo. Vaya espejo oscuro el que fuera el soneto titulado *Demócrito y Heráclito* de Hernando de Acuña, donde se elogian entre sí los extremos, ambos también abocados a la muerte:

> Demócrito
> De tu tristeza, Heráclito, me espanto,
> y de nuevo me admiro cada hora
> que, viendo el mundo y lo que pasa ahora,
> ya no hayas convertido en risa el llanto.

[5] La imagen se puede encontrar en: https://arteinternacional.blogspot.com/2016/03/arquitectura-italiana-del-cinqueccento.html

Heráclito
Yo me admiro, Demócrito, que cuanto
en este triste siglo que empeora
crecen más las miserias de hora en hora,
más crece tu placer tu risa y canto.

Demócrito
¿Pues quién no reirá si, en paz o en guerra,
el gobierno del mundo y del consejo
es todo desconciertos y locura?

Heráclito
Lo que a ti te da risa a mí me aterra,
eso me tiene ya doliente y viejo,
y eso me llevará a la sepultura. (Acuña, s.f.)

Pigeaud (2007), a propósito de las tradiciones que formaron parte de la idea occidental de melancolía, menciona las cartas pseudo-hipocráticas[6], entre las cuales, comenta, es posible hallar en la *Carta a Damageto,* la preocupación que tenían los habitantes de Abdera respecto a Demócrito y su locura: La risa permanente, su reclusión voluntaria y… será que, ¿también Demócrito había reído mientras diseccionaba animales? Según cuenta la historia, se sabe que alguna respuesta buscaba ante las enfermedades. Desde el punto de vista de Freitas:

> En estas epístolas se narra la visita de Hipócrates a Demócrito quien, según el pueblo de Abdera, se encuentra en un estado de locura, los síntomas que han preocupado a los abderitas son varios: se ha retirado de los asuntos públicos, pasa largos periodos de tiempo totalmente solo, leyendo libros y disecando animales, dice cosas extrañas e incomprensibles y finalmente, además de ser también lo más preocupante, una constante y estrepitosa risa le surge incluso frente a las noticias más terribles y trágicas. Casi nada de lo que le escribe el Senado de Abdera sobre Demócrito preocupa a Hipócrates, excepto una sola cosa que le lleva a la conclusión de que Demócrito padece un exceso de bilis negra: su risa desembocada que no distingue lo gracioso de lo trágico. (2013, pág. 218)

Atendiendo a lo anterior, la categorización de la melancolía asociada a la enfermedad mental y física, y como afección espiritual, conduce, desde esas perspectivas, a una aleación con la malignidad (religiosa o patológica, quizá equiparable al diagnóstico de un tumor cancerígeno), lo que conlleva a que se perciba como algo que es indeseable y que debe ser cohibido para evitar el juicio a que necesariamente redirige la asociación con sus contrapuestos o antónimos: la sensatez, la prudencia, el pudor y la salud.

[6] Santero, T. (1842) *Obras del grande Hipócrates.* Establecimiento tipográfico: Madrid. pág. 247 y *ss*. Se puede consultar en Santero mayor información referente al carácter apócrifo de estas cartas, incluidas las especificidades que atienden al caso que nos interesa en esta ocasión, que es el de Demócrito.

La melancolía maligna se escribe desde las profundidades de una fosa séptica

Raza de Caín, en el fango cae y muere míseramente.
Charles Baudelaire

Escribir es estar sumergido en la lava negra del infierno, es transitar a ciegas y sin manos por ese limo insoportable e invisible de las palabras finitas e infinitas. Al atravesar, irreconocibles, el portal hacia ese abismo, sedientos bebemos un vino negro en la copa de la melancolía: maligno cada sorbo nos condena y solo sabiéndonos condenados nos revelamos ante el espejo negro. La condesa sangrienta, en manos de Alejandra Pizarnik (1994), se contempla en lo que llamara la poeta *El espejo de la melancolía*, el cual ha forjado Erzsébet misma para permanecer muchas horas en esa autoauscultación. Allí «[...] la sombría y hermosa dama se parece a la alegoría de la melancolía que muestran los viejos grabados. Quiero recordar, además, que en su época una melancólica significaba una poseída por el demonio» (pág. 240).

El espejo negro de la melancolía entonces refleja al condenado y su malignidad, le refleja en su íntima comunión consigo mismo, con su extremo, con su fondo, con su enigma, con su palabra sagrada. «Pienso que el hombre está necesariamente erigido contra sí mismo y que no puede reconocerse, que no puede amarse hasta el límite si no es objeto de una condenación» (2000, pág. 60), dijo alguna vez Bataille, quién ya veía el mal en lo literario[7] como primordial para contemplar su potencia.

Se abre pues la fosa abisal que absorbe, palabra tras palabra, hacia las profundidades imperturbables del averno, al escritor condenado que rehúye de la luz y elige escribir en las tinieblas, donde diera rienda suelta a su pluma de fuego que ilumina y hace arder sus ojos: escribe con lágrimas de sangre hasta quedar ciego. Masacrado por la vida, pero sin cadenas en sus manos, humedece la plumilla con la cual, después de firmar su sentencia, traza dos líneas en su piel y se despide de todo cielo. De tal suerte, esta melancolía se escribe con la bilis negra en el tintero, arma maldita desde su nacimiento, pues «secularmente el color negro es uno de los símbolos del demonio por cuanto el negro es la negación de la luz símbolo divino» (Navas, 2007, pág. 170); se escribe contra todo símbolo de luz y toma para sí la pesadumbre de la vida, librillo manchado y ajado sobre el que consagra sus letras.

[7] En el programa *Lectura para todos*, de la televisión francesa de 1958, Pierre Dumayet entrevista a George Bataille a propósito de su libro *La literatura y el mal*. En dicha entrevista el escritor habla acerca de poner al lector en angustia frente a algo que acabará mal. Ver minuto 1:22: https://www.youtube.com/watch?v=-QZIuk3tHHA

Junto a quien escribe desde el fondo, reposa una figura que, simbólica e históricamente, ha encarnado la fuerza de lo maligno y derrocado, aunque nunca rendido, sello de una rebelión contra la bondad que condena, «bastón de exiliados, luz de los inventores, /confesor de ahorcados y de conspiradores» (Baudelaire, 2017, pág. 214). Henchido de vanidades por cuanto ha soportado, ostenta en su trono, inmortal criatura, a la melancolía maligna con el cetro de la palabra y una vara en la mano. Tenemos pues la libertad de reescribir nuestra historia,

> ¿No es acaso la libertad el poder que le falta a Dios, o que sólo posee verbalmente, ya que no puede desobedecer al orden que El es, y del que es garante? La profunda libertad de Dios desaparece desde la perspectiva del hombre, ante cuyos ojos sólo es libre Satán. (Bataille, 2000, pág. 58).

Dice su hija, y cierra su conmovedor discurso.

Recordemos cuando, después de darle el respiro de vida, Dios condiciona las posibilidades que tendrá Adán para habitar su reino terrenal y le amenaza con una terrible sentencia en caso de no obedecer a su mandato:

> Te hago donación de este Paraíso,
> Tenlo por tuyo, para cultivarlo,
> Conservarlo y comer de sus frutos;
> De todo árbol que hay en el jardín
> Come con libertad y con gozoso
> Corazón; la escasez aquí no temas.
> Pero del árbol cuyo efecto trae
> La ciencia del bien y del mal, que he puesto
> Como prenda de tu obediencia y fe
> En medio del jardín y junto al Árbol
> De la Vida, recuerda mi advertencia:
> Evita comer de él y evita sus
> Amargas consecuencias. Porque sabe
> Que el día en que tú comas de él,
> Quebrantando mi único mandamiento,
> Inevitablemente morirás;
> Mortal desde ese día, perderás
> Tu feliz condición, y desde entonces
> Serás echado a un mundo de dolor
> Y de miseria (Milton, 2015, págs. 250 - 251).

Sabemos ya que triunfa la sierpe que le incita a conocer lo negado y a inquirir en lo prohibido, motivos por los cuales el humano habita este reino ignominioso desde el que escribe con letras brunas la estirpe del demonio.

Tenebroso en su hermosura, Baudelaire contemplaba al Diablo cara a cara, líder errabundo de la marcha hacia el otro reino, al que también pintara Milton a través de la voz infernal de ese *Paraíso perdido*; aunque, a diferencia de Milton, Baudelaire se siente bajo el influjo poderoso del Príncipe de las huestes, y lo apropia, al igual que el guerrero moribundo aprieta a su cuerpo la espada que lo acompañó en su última acometida. A propósito de cómo lo concibiera Baudelaire, sugiere Alfonso Carvajal que «El Diablo es la fuerza contraria de Dios; deja que cada uno gobierne en su reino» (2000, pág. 100). Y, además, agrega en su análisis que también para el poeta maldito «es la armonía del mal, de los desvalidos, y Baudelaire se siente un desterrado, y halla en Satán complicidades de orden natural. Lo llama rey de las cosas subterráneas, viejo y fuerte amante de la muerte» (Carvajal, 2000, pág. 100).

En unas vehementes palabras destinadas *Al lector,* el francés nos incluye a todos bajo ese reino del subsuelo: «¡El Diablo es quien maneja los hilos que nos mueven! /Encanto hallamos lo más repugnante; /cada día avanzamos un paso hacia el infierno, /sin horror, a través de tinieblas pestilentes» (Baudelaire, 2017**,** pág. 59**).** Tinieblas desde donde, finalmente, dimana la bestia terrible de la melancolía maligna.

En este lodo insalubre habitan los desterrados de cualquier reino de las alturas, por lo cual la irremediable presencia de un Saturno destructor, dicotómico en su origen, se une a la repudiable corte. Desde la perspectiva de Klibansky, R., Panofsky y Saxl, se presenta Kronos «(...) como el dios de los contrarios» (1991, pág. 145). Siguiendo la línea de análisis que trazan los autores, su dualidad se refleja en las distintas concepciones que del dios hubo, siendo por un parte benigno en su relación con la agricultura y la abundancia y

> Por otra parte era el dios triste, destronado y solitario que habitaba «en el último confín de la tierra y el mar», «desterrado bajo la tierra y los abismos del mar»; era «señor de los dioses del subsuelo»; vivía como prisionero o cautivo en el Tártaro, o más abajo de él, y más tarde llegó a pasar por dios de la muerte y de los muertos. (Klibansky, R., Panofsky y Saxl, 1991, p 145)

Partiendo de acá, Saturno, afín con la melancolía maligna, se identifica y reside desde el extremo, aunque para esta reflexión su tendencia a lo nocivo es la que interesa. Desde el campo astrológico que ilustra *Saturno y la melancolía*, fue calificado como planeta maléfico, de modo que, según Klibansky, R., Panofsky y Saxl, cuando se empalman las características de estos dioses, tal hibridación acoge por igual sus propiedades maléficas y benéficas, elementos a los que, asimismo, pasa a unirse la identificación con el planeta, en el cual también han recaído estas designaciones y propiedades desde antaño, pues «[...] la división de los planetas en

“benéficos” y “maléficos”, que ya era de dominio general en el siglo I a.C. y se suele calificar de “caldea”, tuvo que ser importada bastante tiempo antes» (1991, p 150).

Con base en ese rasero, a Saturno le fue otorgado el don maléfico, lo cual es fundamental para esta propuesta poética dado que su enfoque en lo maligno le brinda enlace, «Y está claro que esta doctrina, que mostraba la complicada naturaleza de Saturno bajo una luz marcadamente siniestra y perniciosa, tuvo gran importancia para la posterior asignación de la melancolía a la esfera de ese planeta» (Klibansky, R., Panofsky y Saxl, 1991, pág. 151). De allí parte está alineación simbólica en la cual Saturno se vincula íntimamente, y bajo sus vertientes maléficas, con la melancolía maligna, la cual también es perniciosa y habita los confines, desarraigada del bienestar. Es así como, alzando la bandera contraria a la de la sobriedad, la fe y la esperanza, con el placer de quien se rebela, pese a que sea proscrito de toda promesa de alegría por no vivir según las reglas de prudencia, pudor y obediencia, «La poesía, fuera de toda burocracia, o empleo reconocido oficialmente, se convierte en una alternativa marginal y sagrada» (Carvajal, 2000, pág.111), pues se escribe desde abajo, dolorosa y doliente, irónica y sarcástica, fruto de una provocación a tomar lo vedado y convertirlo en nuestro.

De este modo, la melancolía maligna se enarbola en las cabezas de todos los repudiados para devolverles la voz, las palabras y la fuerza: «Todo está dicho, la Poesía se “asume” y se sufre como una condición, pero se reivindica con la altivez de quien ha elegido el Infierno frente al balador rebaño de los bienpensantes y los tenderos» (Serrat Crespo en Lautréamont, 2005, pág. 33).

Una voz que surge del infierno

Dondequiera que huya es el Infierno;
Pues yo soy el Infierno […]
John Milton

En mi escritura, la voz poética aparece desde esta melancolía de lo nefasto, en la que la malignidad, lo maligno, en sus distintas acepciones de significado, las cuales, según define la RAE, están relacionadas con la propensión a pensar u obrar mal, lo nocivo o dañino, con las enfermedades cancerígenas y, ya aplicando un uso nominal, para referirse al demonio, se aúnan y conforman un vórtice que devora todo a su paso.

De esa manera, se manifiesta como una fuerza en la cual reside aquella melancolía maligna que involucra en sí el exceso, la desproporción de la locura, lo maligno, también la tristeza profunda y permanente que oscurece, que, de la mano con la apatía, finalmente conlleva a la muerte, al suicidio, al igual que lo hiciera la falta de moderación con el vino. Núñez Florencio (2008), propone que para algunos «[…] la vida aparece como el fruto perverso de un dios malévolo o simplemente como algo irracional, insensato» (pág. 182) y la muerte es su dualidad indefectible a la que nos enfrentamos en todo momento. La acedia y lo malsano se unen para engendrarla.

Toda aquella prole que encarna lo maligno poético en Milton, despierta con gritos tremebundos de quien no se rinde pese a su vulnerabilidad, y canta el dios de los caídos: «Aunque sea en el Infierno: mejor es/Reinar aquí que servir en el Cielo» (2015, pág. 20). La melancolía maligna se une a ese canto y, aún con el puñal de la vida perforando su garganta, surge su voz desde el infierno para impedir que se declare su derrota inminente. Entonces, marchante de esta luctuosa romería hacia la fosa séptica que le fuera dada por destino, «Ebrio, el poeta injuria, gritando, al Universo» (Rimbaud, 2008, pág. 583).

Aquí florece amargamente la voz del enfermo, del desterrado, del desahuciado y el mísero, en el fango inmundo donde deja sus huellas, y asevera, ya indolente por sí mismo: «Era joven y Cristo me ha ensuciado el aliento. /Me colmó hasta el gaznate de amarguras y de ascos» (Rimbaud, 2008, pág. 377). Estas gargantas heridas por la malignidad dan a luz a la poesía después de beber el veneno negro de esta melancolía, acicate para crear sus frenéticos versos donde develan su destino, su acción poética frente al mismo: «¡Yo soy aquel que sufre pero se ha rebelado!» (Rimbaud, 2008, pág. 385). Donde su desprecio apropia tonos de la irreverente

melancolía de los locos y despiertan su invectiva: «Me río a carcajadas, oh estúpido, me muero /de risa en la esperanza de tu burdo perdón» (Rimbaud, 2008, pág. 385).

La melancolía maligna enfrenta a la muerte sin miedo, mira al cielo sin temor, aunque siempre nos han amenazado con él. Cuanto más intimidantes se hacen esas magníficas alturas, más crece su valentía y le gruñe, bufa ante su portal imposible, embistiendo con la fuerza que integra su poder. Le recita altiva desde fuera:

> Llamé a los verdugos para morder, mientras perecía, la culata de sus fusiles. Invoqué a las plagas para ahogarme en la arena, la sangre. La desdicha fue mi dios. Me tendí en el barro. Me sequé al aire del crimen. Y me burlé de la locura a lo grande. (Rimbaud, 2011, pág. 29)

Y se vuelve sobre sus pasos con la sonrisa indeleble de quien se sabe perdido, sin embargo, no clamará por ayuda a nadie.

La malignidad mana copiosamente, es maleza que arrasa y destruye, se mimetiza, resiste y, al ser abatida, arrastra consigo todo cuanto esté infectado por ella. La melancolía maligna no salva a nada ni a nadie, no redime, no sana herida alguna; antes bien, las causa y pone sobre ellas las larvas de una poesía que termina por devorar dedos y garganta de quien se atreve a musitarla. En la sección siete de los aforismos hipocráticos, incluidos en el *Corpus*, hay un aforismo que indica que «Si la lengua se queda de pronto sin fuerza o alguna parte del cuerpo paralizada, tal estado es propio de la melancolía.» (1983, pág. 290); no obstante, la melancolía maligna es una voz que surge del infierno y estas lenguas, gargantas y manos que son su vehículo para escribirse, acogen una fuerza sobrenatural que trasciende los límites de la finitud del cuerpo humano y se manifiestan como ecos de maldiciones ancestrales.

Presto a los efectos del trance macabro en el que probablemente entrara Lautréamont en esa marcha sobre el empedrado del exceso maligno, diría en los *Cantos de Maldoror:*

> Conozco al Todopoderoso... y también él debe de conocerme. Si, por azar, caminamos por el mismo sendero, su penetrante vista me divisa a lo lejos: toma un camino transversal para evitar el triple dardo de platino que la naturaleza me concedió como lengua. Tendrás la amabilidad, oh Creador, de permitir que explaye mis sentimientos. Manejando las terribles ironías, con mano firme y fría, te advierto que mi corazón contendrá bastantes para atacarte hasta el fin de mi existencia. (2005, pág. 130)

Me pregunto si la melancolía maligna usa ese triple dardo de platino para urdir el camino hacia la Dite[8] dantesca, donde reposan los que han muerto eternamente, custodiados por aborrecibles demonios. Escribir es erigir este puente pérfido que conduce al círculo de la violencia[9], donde unas voces surgidas de la ponzoña narran su horrendo sino:

> Cuando el alma furiosa se desliga
> de su cuerpo, pues sola de él se arranca,
> Minos la manda al séptimo fosado.
> Cae en el bosque, en un lugar cualquiera.
> Pero donde fortuna la descarga,
> como grano de espelta allí germina.
> (Dante, *If* XIII 94-99)

A propósito de la lengua como arma, es menester recordar cómo, luego del volcamiento sobre sí y sobre el sentir desde dentro que pintaba el Romanticismo, el cual, entre tantas otras cosas, buscaba oponerse a la luz desde fuera que traía consigo la época del imperio de la Razón, llegan en tropel desde una tierra de fuego los espíritus implacables de los poetas malditos,

> Estirpe, raza inferior, vagabundos de la imaginación que traspasaron los umbrales de la razón y se toparon frente a frente con Dios y el Diablo. En ellos lo demoníaco dejó de ser un concepto y se pasó a la acción poética. (Carvajal, 2000, pág.19).

Embebidos en el vino pérfido de la melancolía maligna, colindando el abismo con bravura, se oponen a algunas de las formas ya establecidas para vivir, escribir y escribirse y, rumbo a las tierras del exceso, tambaleantes por el vino negro que corriera por sus venas, desfilan uno a uno hacia la fosa que engulliría sus tumbas y sus cuerpos, pero que eternizaría sus palabras. Prosigue Carvajal con la idea de que

> El infierno como género literario es un método natural donde interviene la alucinación. En ese sentido es un acto poético, un riesgo de la imaginación; una alteración, de allí su carácter alucinante. Más que una visita al infierno, hay una idealización, una ficción poética de éste. (Carvajal, 2000, pág. 35)

Las voces poéticas que emergen de este piélago macabro actúan fuertemente ataviadas por la negrura de la noche, por los tormentos de incurables enfermedades y desvaríos melancólicos que les causara el beber la copa del castigo; actúan en un escenario desolado y derruido donde

[8] Ciudad amurallada que arde, ubicada en el Infierno de Dante. Allí se castiga a los peores pecadores.
[9] Hace alusión a uno de los círculos del Infierno de Dante.

el paso de los años va dejando las huellas del diablo burlón que les brinda el guion retorcido, aunque él también actúa:

> ¡Ay de mí!
> Poco saben lo que me cuesta aquella
> Vana jactancia y bajo qué interiores
> Tormentos gimo; mientras levantado
> Me adoran en el trono del Infierno,
> Ostentando la diadema y el cetro,
> Tanto más hondo caigo, sólo soy
> Supremo en la desgracia; tal es la
> Recompensa que encuentra la ambición.
> (Milton, 2015, pág. 111)

A la vez que enuncia sus líneas, sonidos horrorosos manan desde no se sabe qué cueva, agudos y graves, silbidos extraños y estridentes. Son los demonios que, anunciando la muerte «[...] como gallos, cuervos, búhos, que a menudo revolotean por las habitaciones de los enfermos, "o porque huelen el hedor de los muertos", como conjetura Baracellus, "y así graznan sobre la casa donde alguien está enfermo", porque huelen a difunto» (Burton, 2006, pág. 91) salen al mundo con espléndidos trajes roídos y el hedor de la poesía brotando de su vuelo con cada aletazo, y sus designios y palabras, de cada chillido que emiten.

Burton (2006) daría indicios de los sitios-escenarios en que se representaran estos prodigiosos terrores y donde podrían habitar demonios de las más bajas calañas, apuntando a sitios pantanosos, solitarios, escenas de crímenes graves en los cuales «Estos espíritus a menudo predicen la muerte de los hombres por medio de diversos signos, como golpes, gemidos, etc.» (pág. 90) y, por supuesto, una voz que surge del infierno y se lanza como ave depredadora sobre el cuerpo moribundo de la creación del dios de los Justos[10] de los que hablara Rimbaud.

[10] Alusión al poema *El justo se sentaba…* de Arthur Rimbaud.

La bilis negra: Vino maligno de los melancólicos

(...) ¿Acaso alguno
de los borrachos, solitario,
pudo soñar, en noches mórbidas,
hacer del vino un sudario?
Charles Baudelaire

La bilis negra y el vino, en vínculo concebido como lo propusiera el antes mencionado *Problema XXX,* estarán presentes como licor o líquido que encarna toda la potencia de la melancolía que, en su cualidad de excesiva (exceso de vino, exceso de bilis negra como causas del desequilibrio de la corporalidad y las emociones), se traduce en lo maligno. Siguiendo lo que fueran mis meditaciones al respecto de la idea aristotélica, la locura y el genio se debatían entre exceso y moderación, pero mirando las dos fuera de sí para forjar el acto creativo.

Antes de proseguir con la anterior idea, hay que tener en cuenta que desde Aristóteles se dio una equivalencia entre lo que fuera la bilis negra y el vino. Se dirá que tienen similitudes en su color, en su cualidad de retener aire y, por supuesto, en los efectos que causan en el cuerpo de quien los contiene. Referente a lo que afirma Jackie Pigeaud respecto a los estados de embriaguez:

> Ebrio o melancólico, uno se ve proyectado, más o menos progresivamente, fuera de sí mismo, y hacia los demás. La charlatanería, la piedad, el amor hacia el otro, el afecto desbordante, incluso la agresividad y la violencia, son comportamientos que implican una relación con otra persona. Por supuesto, uno puede atribuir mayor valor a unas actitudes en detrimento de las otras. Se puede opinar que la piedad es preferible a la cólera. Pero, en la práctica, se trata de dos pasiones. (Pigeaud, en Aristóteles, 2007, pág. 28)

El extremo de esa embriaguez seguramente siempre es radical, al igual que lo es la melancolía maligna, y es el exceso acá el que las lleva a ambas a transitar por el mismo carril. Dirá el estagirita (2007) que si se bebe mucho vino se llega a un estado melancólico e inestable, que no puede causar la miel, el agua, la leche o similares, y también se refiere a la transformación en el carácter que presenta el que lo bebe «Pues si se apodera de aquellos que cuando no beben resultan fríos y silenciosos, al tomar una cantidad mayor en poco tiempo, los convierte en charlatanes [...]» (Aristóteles, 2007, pág. 83), de manera que se va gestando un cambio rápido en la actitud del bebedor, un desequilibrio, de suerte que «[...] si beben aún un poco más se tornan violentos, después locos» (Aristóteles, 2007, pág. 83).

Anteriormente ya se ha hecho la alusión a la capacidad que tiene el exceso para distorsionar el rostro sereno y tranquilo de quien cae en él, transformado en una deformidad diabólica, como le sucediera al *Dorian Gra*y de Wilde o al dual *Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson. Cubre con su linfa oscura las arterias, el alma y la palabra, se insemina en un lenguaje que le es propio al melancólico, a quien dirige las vítreas palabras que Baudelaire ya había cincelado:

> Como una ambrosía vegetal llegaré hasta el fondo de tu pecho, y seré la simiente que fertilice el surco tan penosamente abierto. De nuestra íntima unión nacerá la poesía. Y entre ambos nos crearemos un dios y volaremos hacia el infinito, como los pájaros, las mariposas, los vilanos, los perfumes y todo lo que tiene alas». Esto es lo que canta el vino con su misterioso lenguaje (2010, pág. 220-221).

Así, la melancolía maligna, contenida de una u otra forma también en este vino negro, irriga profusamente las heridas letales de los caídos en desgracia y les hace sollozar espectaculares e impactantes alaridos que florecen como espinas de cardos[11]. Tal es el surgimiento de la poesía desde estos campos en los que solo la maleza germina. Ella misma es maleza.

Ahora bien, entendamos, cada copa de este vino es más nociva, pues poseso por la melancolía maligna, quien la toma ha optado por cruzar por el valle de la muerte sin rezo alguno ni súplica para salir de este terruño. No le importa ni ser salvó ni sobrevivir a su terrible porvenir porque sabe que la muerte ya se ha diseminado, igual que una metástasis, en su existencia. Empuña entonces botella tras botella, que se van acumulando sobre la última mesa en la que sentado se queja, mientras algún demonio le atiende y ante su sed le dice riendo y dispuesto a servirle tal veneno hasta que caiga boca abajo sobre el húmedo suelo: «El Odio es un borracho hundido en su taberna /que siente que su sed renace en el licor /y que se multiplica como la hidra de Lerna» (Baudelaire, 2017, pág. 140)**.**

Cuando Baudelaire (2010) escribe acerca del vino, pide que le veamos como un compañero cercano a nosotros, aduciendo que «El vino se parece al hombre: nunca se sabe hasta qué punto se le puede apreciar o despreciar, amar u odiar; ni cuántos actos sublimes o crímenes monstruosos es capaz de realizar» (pág. 219). Regresamos así a la dualidad, a habitar en los extremos, desde donde elegimos uno de ellos, el que mejor se acopla a lo que creeríamos que nos conforma, aunque, para trágica sorpresa, terminamos dirigiendo nuestros pasos hacia donde reside el corazón o, recurriendo a las palabras de Camilo Castelo Branco, «Poeta es aquel que desmiente las leyes anatómicas y fisiológicas, viviendo del principio vital de una única entraña: el corazón. Poeta es el eslabón suelto de la cadena social, desperdicio bastardo en este

[11] Los cardos usan las espinas como arma de defensa contra amenazas externas.

mundo [...]» (Pérez, 2013, pág.22), de modo que el corazón se dirige hacia lo pasional, y el vino exacerba esta inclinación.

Para dar continuidad a esta línea, referente al bebedor afirmará que «hay malas borracheras, pero son las de los hombres de naturaleza mala. La embriaguez hace al malo abominable, lo mismo que convierte al bueno en excelente» (Baudelaire, 2010, pág. 229). Sin dudar aceptaremos que somos abominables, pues la embriaguez de la melancolía maligna solo puede tender a lo detestable.

Si somos parte de esa «[...] muchedumbre innumerable y anónima cuyos sufrimientos no logra adormecer el sueño» (Baudelaire, 2010, pág. 223), no hay para nosotros aliciente o calmante alguno. Cuando para los dolientes de Baudelaire «El vino compone para ellos canciones y poemas» (*Ibid.*), que de algún u otro modo les alivian las penas, para nosotros cada palabra, cada verso, aumenta la fatalidad y la agonía. Siendo así, nos queda la certeza de que la melancolía maligna, hija de la desidia, de los demonios más aterradores con los que habita y con los que emana desde el fango asqueroso donde Saturno remoja a sus hijos antes de devorarlos, se escribe cual sentencia malévola, se recita con voz execrable, y se bebe, líquido negro que enturbia el alma, después de todo, «[...] el vino se parece al hombre y he admitido que sus crímenes igualan a sus virtudes» (*Ibid.*).

He aseverado que la bilis negra es el vino maligno de los melancólicos y todo melancólico, en su exceso, se halla abocado a la muerte. Tres tipos de muerte y condenación de las que habla Dante en la *Divina Comedia* interesan en este punto de la reflexión y están relacionadas con el ya mencionado Círculo de los violentos: la violencia que atenta contra Dios, la que atenta contra el otro y la que atenta contra sí mismo.

Veamos, según expone *El Problema XXX,* «Muchos se suicidan después de haber bebido» (Aristóteles, 2007, pág. 99), circunstancia en la cual se encuentra uno de esos motivos de castigo en el infierno, ya que quitarse la vida, obviando el designio divino, es pecado desde la perspectiva cristiana. «Así, aquellos a los que la *dysthimía* les sorprende cuando el calor se extingue son los más propensos a ahorcarse» (*Ibid.*). Puede haber jóvenes y viejos en este hecho, los unos a causa de la extinción del calor por la edad y los otros, por «[...] la extinción del calor por sí mismo» (*Ibid.*)

Lo anterior permite atender a la potencia de los efectos que produce el vino y la bilis negra sobre el cuerpo, según el pensador griego. El vino entonces tiene doble rostro, como Jano[12],

[12] Dios romano de los cambios o las transiciones. Tiene dos caras que miran hacia lados opuestos. Se cuenta que una de sus caras mira al pasado o al inicio, y la otra, al futuro o al final, por lo cual en una de ellas se puede apreciar un rostro joven y, en la otra, uno anciano.

enciende la esperanza, en la moderación, pero es capaz de ponernos la soga de Judas alrededor del cuello si se halla en el exceso. Nos hace amables y brillantes en la moderación, pero nos vuelve bestias violentas contra otros, en el exceso. Ya todo se ha entendido sobre la violencia contra Dios. Es acá cuando los versos de Verlaine resuenan en esa habitación de los confines, donde un demonio cualquiera nos llena una y otra vez la copa: «Romped la copa de la vida, /Solo es veneno su licor; /A mi locura le placía, /Pero embotaba mi razón» (de Nerval, 2018, pág. 109).

Escribo para poder morir

«¿Por qué se ha de preocupar el hombre de los barrotes o prisiones? Tiene libre la salida, la muerte está siempre lista y a mano. «¿Ves este precipicio, ese río», ese pozo, ese árbol? Ahí está a mano la libertad, «son las salidas de la servidumbre y el dolor» […]

Robert Burton

Esta melancolía, de la que aflora mi escritura, ha de ser vista como síntoma de la muerte, una tristeza mortífera, ave oscura que sobrevuela a los moribundos, reloj de arena que avanza con lentitud hacia la muerte, extremo inevitable. Destructiva en su nido, le labra el camino final a la existencia. Profeso, pues, la amargura de la experiencia vital expresada en la palabra, poesía creada como oración final de quien haya sido herido profundamente por la lanza de la fatalidad y exhale su último aliento. Escribo para poder morir, levanto la voz desde el extremo antes de sumergirme en el lago profundo de la melancolía maligna.

La experiencia corrosiva de la melancolía maligna se traduce en una poética que surge en la vida y para la muerte, que nace como una maldición. La melancolía maligna es la melancolía del exceso, es un desdoblamiento, en el sentido de salir de sí, es un verse desde afuera como el verdugo de sí mismo y de los otros. Edgar Allan Poe se había preguntado cierta vez «[…] de todos los temas melancólicos ¿cuál es, según el entender humano, el más melancólico? La muerte, fue la respuesta inevitable» (2017, pág. 38), y ¿qué queda por decir entonces acerca de escribir y cantar la propia muerte?

En su *Declaración* del 22 de noviembre de 1886, Camilo Castelo Branco escribía para iniciar: «Los incurables padecimientos que se me van complicando todos los días me llevan al suicidio, único remedio que les puedo dar» (Castelo Branco, 2013, pág. 29), oficio de despedida que concluía con: «Este abismo al que me precipité es el *terminus* de la vereda viciosa por donde estas fatalidades me encaminaron. Que sea bueno y virtuoso el que pueda serlo» (*Ibid.*) Esta melancolía tortuosa le lleva a asomar su rostro ante la fosa séptica, melancolía maligna que aboca a la autodestrucción. Incluso antes, respecto a la melancolía, decía que ella se da igual en inteligentes que en idiotas y que era su *destino prefijado* (pág. 21) y prosigue en lo que parece referirse a toda la horda de melancólicos:

> Horas y días terribles pasan por nosotros como periodos negros de la existencia. Cae hacia nuestro interior, donde el corazón nos duele apretado por mano de hierro. No hay recuerdo

> feliz que pueda hacer brillar en nosotros el caos de la imaginación: no hay rayo de sol que pueda abrir una flor de esperanza en nuestra alma arada por el descontento. (Castelo Branco, 2013, pág. 21).

Las palabras son las dagas prestas a esta destrucción, son las escaleras en descenso, agujeros fangosos en la tierra en la cual ya sabremos hundirnos. Un decaimiento maligno, casi patológico, y una apatía creadora en su dualidad, escriben desde dentro, proyectándose después violentamente en la voz poética. De tal modo, canta su muerte Castelo Branco en su *Epílogo*: «¡Qué visión tan grandiosa, oh Dante! /Si tú vieses al suicida /no llorando, sino triunfante /en el infierno de la otra vida […]» (2013, pág. 26).

Reflexionaba Burton en su *Anatomía de la melancolía* acerca de que quizá el tiempo fuera útil para curar a los enfermos y que la esperanza existiera en otras enfermedades «[…] pero estos hombres infelices han nacido para la miseria, sin esperanza de recuperación, enfermos incurables, cuanto más viven, peor están, y sólo la muerte les puede aliviar» (2006, pág. 248). Hipócrates, al respecto, diría en la sección cuarta de sus aforismos: «Todos aquellos a los que, al encontrarse consumidos por enfermedades agudas o crónicas, por heridas o de cualquier otra forma, les sale bilis negra o como si fuera sangre negra, mueren al día siguiente» (1983, pág. 265). Desde ambas perspectivas, la muerte sigue encabezando la suerte de este melancólico.

Este sinsabor es también experimentado por el poeta Manuel Laranjeira, quien se dispara en la cabeza en febrero de 1912, presa de la angustia, pues vive *Viendo la muerte* sin remedio: «¡En todo veo la muerte!, y al ver /que la vida viene muerta cruelmente /desde que surge, comienzo a entender /cómo la vida se vive inútilmente» (Laranjeira, 2013, pág. 47). Una muerte que enraíza profundamente en su escritura y a la cual va invocando a través de la poesía fecundada por una melancolía irremediable que enfrenta esa desazón con que se pinta el rostro la despreciable existencia: «¡Y no me asusta morir! Solo me asusta /haber creído en la vida injusta /¡y… no saber para qué la viví!» (*Ibid.*).

Verlaine, contrario a Laranjeira, aunque expresa su fatiga, trasluce la dualidad del deseo que le embarga: «Mi alma, cansada de vivir y con miedo de morirse, /Ya apareja, con rumbo a naufragios horrendos, /Igual que un velero desmantelado, juguete de las olas» (2018, pág. 37). El temor de morir se encadena con la fatalidad del sino humano y su imposibilidad de ser esquivado. Somos esas pequeñas embarcaciones desvencijadas, flotando entre agresivos maremotos. Conocemos el desenlace.

Todo cuanto escribe quien está bajo el dominio de esta melancolía, le condena a la muerte eterna. Ya en todo caso estaba desahuciado y, siguiendo a Agustín Castillo, «La muerte es el destino que llevamos /de viaje con nosotros por la vida» (2001, pág. 35), aunque el melancólico

maligno escribe su propia muerte, teje la cuerda con palabras y poetiza su final. Fue de Nerval, quien murió ahorcado en un callejón de París, el que con la indeleble tinta negra del melancólico anclará a nuestro pecho estos versos: «Y, al llegar el momento en que, harto de esta vida, /Una noche de invierno dejó escapar el alma, /Se fue de aquí diciendo: "¿Por qué habré yo venido?"» (2018, pág. 159). Siempre he imaginado a los demonios aéreos de Burton en derredor de tal escena, pues diría que «[…] estos demonios bailan y festejan la muerte de un pecador» (2006, pág. 86), que muere ahorcado o ahogado, pues ellos dominan el aire y estas muertes son para ellos.

Sobre este poeta, portador de símbolos extraños con los que escribiera su vida y obra desde una ensoñación constante que le dictará esas críticas composiciones, Alfonso Carvajal diría:

> El pesimismo del poeta es insuperable, envidiable. Es la conciencia del naufragio inevitable. La desarticulación de la naturaleza lo conduce al más sombrío de los caminos: la desesperanza. Al final del túnel, en su boca más estrecha encuentra un muro inexpugnable y su vida se traduce en una eterna desazón de la cual es infinitamente hacedor (2000, pág. 60).

De Nerval compone su sentimiento de desolación, su aflicción, su desasosiego mediante la alquimia intrigante que practica con las palabras. El poeta «se sabe perdido, y afronta desde el más doloroso escepticismo su fatalidad. Desde un principio toma partido por los derrotados; él es uno de ellos, y no huye, se enfrenta a la adversidad con una sed de venganza sagrada» (Carvajal, 2000, pág. 60). La invitación de Carvajal a leer a los llamados poetas malditos, se hace aún más provocadora por el modo en que les propone una expiación:

> Protagonistas suicidas, su sacrificio no fue inútil: héroes de la posteridad. ¡Malditos, porque nos enseñaron a caminar por los infiernos terrenales! ¡Malditos, porque increparon a la sociedad y sus costumbres, y se burlaron de la felicidad mentirosa de los hombres! Bebedores de sueños, ajenjo, opio y otras sustancias delirantes, tocaron el fondo del tedio y el destino de la existencia. Su arribo espiritual cambió el rumbo poético y moral de los hombres. Golpearon a la puerta de Satán, y reclamaron su credencial de condenados. Se hundieron en la miseria humana, y la hicieron poema. (2000, pág. 23)

La relevancia de la desesperación y la desesperanza se hace visible en esta bruma tremenda, la melancolía maligna se nutre de aquellas hasta convertirlas en una apatía pesarosa, destruye el miedo y construye la valentía para tomar el vuelo, ave de la muerte, mensajera de las profundidades. Antero de Quental sintió fuertemente tal *Desaliento* y optó por surcar el cielo como su ave de *"alas rotas"*: «Dejad marchar al alma lastimosa, /que perdió toda fe, paz y

confianza, /hacia la muerte, quieta y silenciosa.../Dejad marchar la nota desprendida /de un rincón extremo... y la esperanza... /y la vida... y el amor... ¡y la vida!» (de Quental, 2013, pág. 33)

Es el momento en que toma el juramento el demonio que ostenta el cetro y la vara: ¡Ya eras miserable mientras escribías tu muerte, ahora qué más da descender a estás oscuras habitaciones desde las cuales emergió la poesía tambaleándose, semejante a un detestable borracho bajo la lluvia en la madrugada! Quizá respondiera a su invitación repitiendo las palabras de alguien que ya hubiese muerto, afectado por la malignidad de un cáncer que corroyera su carne:

> He tomado un buen trago de veneno. ¡Tres veces bendito el consejo que he recibido! Las entrañas me arden. La violencia del veneno me retuerce los miembros, me desfigura, me aplasta. Me muero de sed, me ahogo, no puedo gritar. ¡Es el infierno, la condena eterna! ¡Mirad cómo aumenta el fuego! Ardo como es debido. ¡Vamos, demonio! (Rimbaud, 2011, pág. 49)

A propósito de la malignidad del cáncer, una de las vertientes de significado de lo maligno para esta breve propuesta, es posible mencionar cómo se vincula también en sus síntomas. La melancolía maligna también invade rápidamente aquello a lo que afecta, destruye implacablemente la vida para crear la muerte, causa dolores insoportables que deforman el rostro de quien la padece y le hacen renegar de Dios. Llanto y risa le azotan en medio de la desesperación que nada logra calmar, hasta que, finalmente, en los últimos días en que habita el cuerpo, le hace delirar con parajes raros y figuras que le cantan himnos, ininteligibles para el que no está parado aún sobre la línea que delimita la vida, de la muerte.

Devastadora, esta melancolía maligna, crea tumefacciones en el alma, poemas lacerantes, letras punzantes incrustadas en el cuerpo del escritor incurable, al que sobrevuelan las aves de rapiña en la plaza en la que espera la muerte, en la que tal vez forja su muerte, allí, donde todo le duele y le martiriza: «¡En fin, mucho he llorado! El Alba es lastimosa. /Toda luna es atroz y todo sol amargo […]» (Rimbaud, 2008, pág. 419**).** Desde que despierta le tiende su oscura mano la melancolía maligna y le acompaña también mientras duerme. Sus pesadillas son adagios en los cuales se repite incansablemente su nombre maldito.

Escribo, por lo tanto, para poder morir, para representar la escena que cierra esta obra infecunda que es la vida para la cual el demonio ha extendido los guiones; para morir en el crematorio que funcione como el escenario final. Es necesario entonces ataviarse de la melancolía maligna, escrita desde el abismo, y preparar con temple sardónico el discurso final,

esta voz que surge del infierno, ostentando la actitud de San Lorenzo, quien fue quemado vivo en una parrilla un 10 de agosto del 258 y «cuando sintió que ya estaba completamente asado exclamó: "La carne ya está lista, pueden comer"» (Asciprensa, s.f.) y, allí tendido, después de unas pocas oraciones, murió.

Bibliografía

Acuña, H. (s.f.). *Sonetos de Hernando Acuña*. Obtenido de Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonetos-de-hernando-de-acuna--0/html/fff7a8c2-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.html#I_46_

Alighieri, D. (2021). *La divina comedia: Infierno.* Bogotá: Penguin Random House.

Aristóteles. (2007). *El hombre de genio y la melancolía: problema XXX.* Bacelona: Acantilado.

Asciprensa. (s.f.). *Biografía de San Lorenzo, Diácono y Mártir*. Obtenido de Asciprensa: https://www.aciprensa.com/recursos/biografia-2916

Bataille, G. (2000). *La literatura y el mal.* El Aleph. Obtenido de https://direccionmultiple.files.wordpress.com/2012/08/bataille-georges-la-literatura-y-el-mal.pdf

Baudelaire, C. (2010). *Los paraísos artificiales/ El vino y el hachis/ La fanfarlo.* Madrid: Edimat.

Baudelaire, C. (2017). *Las flores del mal, El spleen de París, Los paraísos artificiales.* Barcelona: Penguin Random House.

Branco, C. C. (2013). Selección de poemas de Camilo Castelo Branco. En P. Pérez, *Los mató la vida: antología de escritores suicidas portugueses.* Medellín: Tragaluz.

Burton, R. (2006). *La anatomía de la melancolía.* Madrid: Alianza.

Carvajal, A. (2000). *Los poetas malditos.* Bogotá: Panamericana.

Castillo, A. (2001). *Muerte del sol en la sombra.* Bogotá: Agustín Castillo Editor.

Crespo, M. S. (2005). Introducción. En Lautréamont, *Los cantos de Maldoror* (págs. 9-73). Madrid: Cátedra.

Freitas, J. (2013). Melancolía y flema. *Tópicos*, 197-234. Obtenido de https://revistas.up.edu.mx/topicos/article/view/613/565

Freitas, J. (2016). Elogio de la melancolía: una historía marginal de la bilis negra. *Revista internacional de filosofía*, 817-816. Obtenido de http://dx.doi.org/10.6018/daimon/269091

Hipócrates. (1983). *Tratados hipocráticos I.* Madrid: Gredos.

Klibansky, R., Panofsky, & Saxl. (1991). *Saturno y la melancolía.* Madrid: Alianza.

Laranjeira, M. (2013). Selección de poemas. En Pérez, *Los mató la vida: antología de escritores suicidas portugueses.* Medellín: Tragaluz.

Lautréamont. (2005). *Los cantos de Maldoror.* Madrid: Cátedra.

Milton, J. (2015). *El paraiso perdido.* Barcelona: Austral.

Navas, A. (2007). La belleza satánica: el diablo melancólico. *Boletín de Arten° 28, Departamentode Historia del Arte, Universidad de Málaga*, 153-172. Obtenido de https://revistas.uma.es/index.php/boletin-de-arte/article/view/4478/4174

Nerval, G. d. (2018). *Las quimeras y otros poemas.* Madrid: Visor.

Núñez, R. (2008). Sobre la bilis negra o mal de Saturno. *Ars Medica. Revista de Humanidades, 7*(2), 174-189. Obtenido de https://www.fundacionpfizer.org/sites/default/files/ars_medica_jun_2008_vol07_num02_174_sobre_la_bilis_negra_o_mal_de_saturno.pdf

Pigeaud, J. (2007). Prólogo. En Aristóteles, *El hombre de genio y la melancolía* (págs. 9-73). Barcelona: Acantilado.

Pizarnik, A. (1994). *Obras completas.* Medellín: Holderlin.

Poe, E. (2017). *Ensayos y críticas. La filosofía de la composición o Método de composición.* Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana. Obtenido de http://www.elperroylarana.gob.ve/wp-content/uploads/2017/10/ensayos_y_criticas.pdf

Quental, A. d. (2013). Selección de poemas. En P. Pérez, *Los mató la vida: antología de escritores suicidas portugueses.* Medellín: Tragaluz.

Rimbaud, A. (2008). *Poesías completas.* Madrid: Cátedra.

Rimbaud, A. (2011). *Una temporada en el infierno.* Madrid: Alianza.

Verlaine, P. (2018). *Poesía.* Madrid: Visor.

MALIGNATA

Kely Yohana Galeano Tovar

Malignata

Malignata

Lasitud, oh, lánguido cuerpo,
bilis negra es ya tu desahuciada sangre.

> Soy la fuerza que ilumina el trágico mundo.
> Soy el caos y la muerte, la verdad consumada;
> soy la única suerte que tienen los desheredados
> soy la bestia, soy la plaga.

¡A ti, maligna melancolía!, en cuyo reino habitan los errantes,
olvidados y condenados a las más largas penurias;
desertores de la vida,
caminantes solitarios por los pasajes de la angustia,
vástagos derrotados.

Nosotros hemos heredado la cárdena gloria del abismo.

Devoción

Deprecación

Dulce Mirra, que pariste de entre tus ramas

al Adonis tan deseado por Afrodita y Perséfone,

dame la gracia de no huir como tú,

confundida y asustada

ante el destino despiadado.

Ten misericordia de mí, madre

¿Me he equivocado profundamente aceptando la vida,
en lugar de otorgarle el 'no' rotundo
que hace tanto me observa desde la oscura esquina
de cada habitación en la que duermo?

¡Ten misericordia de mí, madre!,
que deambulo desvalida por estas calles inhóspitas
donde un enfermo no encuentra más que desprecio.

¡Ten misericordia de mí, madre!,
que llevo sobre los hombros el peso del silencio
al que he sido sentenciada.

He levantado las manos al cielo cada madrugada,
con los ojos cerrados, aguardando por la llave que abriría
esta prisión en la que he sido confinada;
sin embargo, entre estas mismas manos,
mi vida únicamente ha resguardado
todos los males que me abrumaron.

Súplica

Plegaria

Señor, mi cuerpo es un desierto,

tierra infértil en la que habita el desaliento.

Día tras día, sumido en silencio,

paredes de fuego que se consumen a sí mismas.

Una ciudad vacía recorrida por fantasmas y pueriles recuerdos.

He abierto los ojos ante un cielo nublado

y aquellas calles abandonadas…

que si ha llovido es pura angustia

y ni el llanto humedece este asfalto revestido de hendiduras.

Ya soñó que era un puerto

al que nunca llega nadie,

a donde nadie nunca llama,

donde ni la balsa de Dios embarca…

tampoco Caronte.

Para desear en vano he nacido,

aunque también en mí amanece.

Clamor

Luna infame, que bautizas con derruidos trazos,
sobre un lienzo opaco, a los hijos de la melancolía y el desconsuelo,
¡bríndame la luz que perdí antaño!

Clamo a Dios y no responde,
su voz jamás resuena en la aridez de estos parajes
donde, solitario, habita el pobre y el enfermo.

Sin conocer la piedad ni la compasión,
sé que puedo volarme los sesos sin remordimientos.

Pero… tristísima noche,
guarda mis secretos bajo las piadosas tierras de tu reino.

Abnegación

Cae mi dolor y quizá no soy imagen, ni palabra, ni silencio.
Jamás he aprendido a escuchar el llanto de una madre sin sentir angustia
o recordar la transparencia de las manos que se ciernen en mi cuello.

Elegí el eterno crascitar del ave solitaria,
la distante serenidad de las flores marchitas
en la tierra que sofoca mi rostro.

Elegí la sibilancia en el pecho de los moribundos,
la vida perdida y arder una mañana en el sueño.

Elegí el destierro, a la poca vida que me queda subyugada
como la servil criatura que le ofreció su alma a un dios
que se burla de su desgracia.

Apostasía

La auténtica tentación

Mi cuerpo inamovible, está tendido bajo las estrellas,

ya grises, de la devastada tierra.

Sí, mi juicio ha sido, en manos de los dioses feroces, consumado.

El llanto que cae de mis ojos,

quema los restos de hierba y polvo con su fuego insoportable.

Lluevan las cenizas, toquen las trompetas,

las copas servidas están en la mesa.

Ya he ocupado, Dios, la errante figura que me obligaste a tomar,

por no besar tus pies ni bañarlos con finas fragancias que te hicieran sentir poderoso.

Ahora, en el Juicio Final, todos mis amantes se harán presentes;

también condénalos a ellos,

pero no olvides que tú pusiste allí ese árbol.

Destierro

Débiles pasos, suspiros temblorosos, dibujan el viento
y la lluvia humedece mis párpados soñolientos.
Siluetas levitando me rodean,
me encierran huesos de cadáveres que hieden y sangran.

Continúan silentes esos pasos, mortificando el suelo
en que abandonados se secan y marchitan.

Me cubro con la vergüenza de otros,
que malditos por el Dios de las riquezas,
blasfeman embriagados con venenosos elíxires baratos.

Ya que también me abandonaste, padre de los justos,
me mataré con la cicuta, con los odiosos placeres mundanos,
sobre la cruz que encarnada llevo en el pecho,
insignia que desde tu trono nos arrojas, como la carne a las bestias su domador,
y sin darte gracias por el festín de sobras y residuos
que nos brindas desde el nacer indigno
en que muchos vemos la molesta luz de tu mundo,
bajaré al infierno con el gozo que no tendría
al subir las escaleras puras hacia tu cielo exclusivista y lujoso.

Se detienen mis pasos; mi bastón hace sórdido ruido al chocar con la tierra.

Entonces, vieja, enfermiza, moribunda y mendigando

me veo en el banquete de Dios y sus sirvientes.

Lamento

Cuando el alma de los mortales espera su condena,
las ofrendas que los ángeles dan a su Señor,
provienen de quebrantos, dolor y sufrimiento.

¡Oh, Dios!, que estás en los cielos,
santificado tu nombre repiten los atormentados creyentes
y esperan los hijos malditos del heredero seis veces negado.

-¿Qué tipo de muerte es ésta, que mi corazón yerra cual ángel caído desde el Reino infranqueable?

-Digno final del escogido primogénito, del rey universal,
del Mesías olvidado, masacrado por el Padre Todopoderoso,
quien con su infinita clemencia,
decidió dar la sangre de su unigénito salvador
por la del gentil y el pecador.

El sacrificio

¿Qué? ¿Me dejaste tu cruz, Jesús,

para llevarla por ti en la vía indigna que te predestinó el Padre?

¿Y quieres, después de todo, que al haberla cargado,

cansada y agotada por el que era tu camino,

permita que claven mis manos con estacas oxidadas

y entre esa gente tan común me olviden hasta morir consumida por el sol

y los demás seres creados por tu gran señor?

Pon entonces tú la corona sobre mi cabeza, Redentor, que diga:

"¡ASÍ MUERE UN VERDADERO CRISTO!"

Y que todos lo repitan al cesar sus oraciones.

Anatema

Oh, ángel de la guarda, vomité sobre tu túnica, antes tan blanca y pura.
Comprendo que indignado me dejes a la deriva de este infierno que recorro.

Malherida me he levantado del suelo.
Ahora debo avanzar entre flores y piedras,
entre torsos y dagas.

El mar rojo que ondea abajo
es un eterno sangrar, insondable precipicio,
destino inevitable para los excomulgados.
Es mi nombre enmascarado de dios herido y olvidado,
sin poder, con la carne pudriéndose.

Vesania

Los errantes y la muerte

A ésta hora fría se escucha el fatídico transitar de los caminantes.
Sus apáticos rostros, pasos apresurados en vaivén,
parecen imitar alguna marcha luctuosa antes de subir a la horca.

La lluvia se ha tomado la ciudad esta tarde.
El temblor de las luces sobre el asfalto,
cada vez que uno de ellos pasa bajo la lumbre,
recuerda a las siluetas que se crean ante una hoguera.

Quizá la vida no es más que un candil gigantesco,
cámara crematoria en derredor de la cual
una danza infinita de sombras peregrina en círculos, pesadamente.
Ellas no pueden detenerse
a menos de que se lancen o sean arrojadas al fuego por las otras.

Un tétrico vuelo

Las aves rojas del tiempo sobrevuelan las fuentes
hoy grises y destruidas de la dicha.

Extendidas, como cristos padecientes,
las bellas aves se incrustan en el pensamiento de aquel pobre y enfermo
que mira la noche tendido sobre los muros, ya quebrados, de su casa.
Las lámparas de luz amarilla, que en vano iluminan la noche,
deslumbran sus pupilas y lo dejan ciego por instantes.

Pero las aves rojas se elevan en círculos
produciendo sórdidos chillidos de sufrimiento
y oleadas de viento que rasgan la piel de su rostro.

El profundo color del cielo y sus destellos estelares, casi oleosos,
no logran desvanecer el recuerdo y jamás arrancan la predicción
de que nada bueno viene.

Ese ser de penumbras, que se deleita noche a noche,
observando el tétrico viaje de las aves en el cielo,
emite palabras sobre su porvenir que no entienden los humanos,
solamente las aves parcas de su psicótico sueño.

Autocontemplación en la miseria

Me he sentado ya en el fatídico trono;
desnuda de ilusiones y esperanza
me contemplo en el espejo negro que descansa al frente.

Desnuda… un cuerpo expuesto ante el frío.
Miles de ojos me instigan, dedos grises me atenazan,
voces sin rostro surgen del espejo y me azotan entre risas.

Siembro en cenizas mi boca,
feroz jardín de miseria,
donde solo es permitido callar:
"No digas nada, soporta, obedece."

Aparece una soga en el espejo y alguien grita:
"Átala ahora".
Algo que no veo hala mis extremidades…
la soga se enrolla en mis pies, manos y cuello.

Un látigo invisible ha dejado marcas indelebles en mi piel.
Termina el espectáculo.
Ahora sola y malherida, me contemplo en la miseria.

Los perros de Tíndalos: Cerbero

Ante el gigantesco portal del infierno descansa Cerbero;
infancia, juventud y ancianidad
se ciernen sobre su monumental cuello.

Esquivando su temible mirada, atravieso la ribera del río.

¿Quién tuviera una lira, la fortaleza del héroe
o unas cuantas gotas del Leteo
para escapar de estas fronteras fangosas?

No alcanzó Veltesta mi cuerpo entero, pero sí mi corazón,
de donde han brotado las azules flores…
este bosque desolado que alberga cualquier muerto de mi juventud y de mi infancia.

Por cuanto sufrió Orfeo
hoy sufre quien se ha llorado a sí mismo.

Los perros de Tíndalos: Diógenes

Lejos de la jauría de perros en la noche
el resonar de un ladrido solitario
hace eco después de su destierro.

Treinta y cuatro monedas llevas en el bolsillo,
que vendieron tu nombre y tu sino,
cada una de ellas, falsa, perforó tu mano.

La antorcha brillando ante el sol ardiente
es otro sol que no ilumina nada,
más que escombros cenizos que nunca retoñan.

Sin titubear, ¡escúpele en el rostro a los hombres!
Que no hay lugar más inmundo en la tierra
que el rostro del servil y el obediente.

Los perros de Tíndalos: Anubis

Han encontrado rota la balanza,
las tumbas vacías y al guardián muerto.

Un manto negro ha cobijado para siempre su figura
y ahora los muertos transitamos el infierno
aun con una pluma entre los dedos.

Tantos cadáveres en el suelo trazan una profunda estela
de la que los chacales y perros ferales
han hecho su refugio, su morada.

Nosotros somos su mórbido lecho.

El parricida

Siempre será octubre

Muellemente, muellemente,
mece esta melancolía bajo tu ala parda.
Muellemente, muellemente,
pequeña ave agonizante,
en esta mañana de octubre.

Desplomada sobre la hierba,
recuerda aquellos trinos otrora bellos.

Anclado este dolor en el suelo,
tus alas desencajadas, amargo rictus,
una gran borrasca ha querido arrancarlas de tu cuerpo.

Muellemente, muellemente,
caída desde las alturas, ángel lucífero,
has de yacer en la tierra humedecida por la lluvia.

¡Ay de ti, miserable animal!
¡Ay de ti, mi pequeña ave moribunda!
¿Quién te velará ahora en las noches de angustia?

Mis pasos, luctuosa marcha,
hacia el fúnebre cortejo,
muellemente, muellemente,
sobre aquellas hojas secas,
que descansan junto al madero,
y fueron el lecho mortuorio de tus tristísimos ojos
en los cuales pude ver los de mi madre el día en que murió
,también octubre, mientras la sostenía entre mis brazos y mi pecho.

La cena de los muertos

No hay nadie más aquí,
en tanto, solo yo puedo lamentar esta pérdida.

La grava cubrió pesadamente los rostros que alguna vez,
sentados en este lugar, sollozaron por sus muertos.

Sobre desperdigados cráneos,
en la hierba crecen azules flores
con las cuales me alimento en esta última cena.

En los vasos, aún servidos, rezuma un vino negro y amargo
que laceró mis labios al beberlo.

¡Abadón, tú que preparaste esta cena,
acúsame en las supremas alturas!
Pues las moscas ya sobrevuelan mi cuerpo
y, en su danza frenética, están devorando mi carne.
También es esta su cena, aunque ellas no llorarán a nadie.

El bosque de los muertos

En vano creces, bosque de fuego,
frutos venenosos ofreces al hambriento.
Nada en ti germina, más que la muerte.

El destino es franco, huele a dalias marchitas.
Como semilla en campo infecundo,
déjame caer al vacío de la historia.

Espejos son tus aguas,
también engañas al sediento.
¡Oh, bosque de los muertos!
Mi destino, mi morada.

Leteo

Habiendo sorteado ya tus riberas, ¡oh, poderoso río!,
una desesperante sed acomete mi cuerpo,
pero me han negado, incesantemente, beber de tus fuentes.

¿Cuántos ríos, hija mía, llevarán lejos,
en su corriente, éste dolor interminable?

Almas errantes sobre estas aguas lentas gritan y se lamentan:
"Moriremos de sed, aún sumergidos en tus caudales…"
Y es que el agua que toman en sus manos,
antes de tocar sus labios, se seca, se evapora.

Tercer acto: transparencia

¡Venderse puede este cuerpo y este rostro
o intercambiarse por cualquier alimento!

Ese objeto de la calle oscura se lanza sobre su pecho
y rasga sus vestiduras.

Una incisión a la mitad del corazón con la daga luego
e inoculado ha quedado el odio.

Manos desconocidas también le han rasgado las piernas
y, a carne viva, se arrastra agonizante el destrozado cuerpo.

Nunca hubo alimento en la mesa ni riqueza en su bolsillo…
tampoco regresó a casa.

El exilio de Saturno

Aún me pregunto cuándo fue que se borraron
las antiguas huellas que me brindaban retorno,
en qué ocasión se secó el último sorbo de agua
que quedaba en mi vaso.

Ir sin nada por la vida, sin abrigo,
desnuda bajo la lluvia,
deambular hambrienta por calles fastuosas,
tocando a las puertas de antiguos amigos,
quienes asoman sus rostros y, al verme,
forjan un gesto de desprecio y susurran:
"Que nadie abra ninguna puerta."

Ir herida y sin auxilio,
entre incontables rostros a quienes alguna vez ofrecí mi bastón,
aún a riesgo de quedar inmóvil...

Esa es mi misión en este mundo,
a eso me ha condenado cualquier dios o voluntad
que gobierne este destino.

¡Sí! Mi lugar en el mundo es el de cualquier hoja seca
que alguien pisa y desdeña por ser igual a otras tantas,
y al estar humedecida por las tardes de tormenta,
no producir sonido alguno.

Ay, de ti, pobre Saturno, exiliado, atrapado en la soledad eterna.

Damnación

El decadente

¿Cómo pueden ser los ojos, que cerrados y vacíos de carne, contemplaran todo futuro?

La gracia divina no es más que a lo que llaman sufrimiento.

Sufrir es, en este caso, no poder ver la carne pero advertir un futuro posible.

Hijo réprobo, solo por piedad sobrevive en el ígneo valle.

El decadente ha sido elegido por designio divino

para beber la copa del dolor en la tierra

y disfrutar de una libación exquisita que lo salve en el cielo.

Pero, optando por rechazar toda promesa de elevación a las virtudes de los santos,

ha decidido embriagarse para poder sacarse los ojos

y perturbar impunemente la memoria

hasta que sólo resten los recuerdos.

El austero

Apuntando al firmamento, levantó su copa y esbozando amplia sonrisa, dijo:

Me arrojaron el dolor por sobre el alma
como se arroja una piedra a un lago
esperando a que labre inmensos surcos sobre el agua silenciosa.

Me ataron el corazón a la melancolía
como se ata una balsa a un puerto
deseando que no se rompa jamás la cuerda que le sostiene.

Me quebraron la esperanza
como se quiebra una botella vacía
en mitad de la ira y el desenfreno.

Mas si en vano fuese mi vida un canto,
bien sería el canto de un niño
que muere ahogado por su propia madre,
el canto trémulo de los desahuciados,
el entonar azul de los condenados a muerte

pues voy sin remedio hacia el cadalso cada día cuando despierto,
pues ya varias veces me han despojado de la vida
(de la que bien he dicho,
tan solo en dos días se resume)
cual las vestiduras al amante en una noche infinita de tempestad y deseo.

Y es que con el tiempo he aprendido
que la única manera de no ser la soledad es habitarla.

Y así, de repente, al cesar sus palabras, se apagó la noche.

Túmulo

Pudieran ustedes lanzar la primera piedra sobre este cuerpo que se pudre,
y quizá, también la última.

El ruin sendero que lleva a este túmulo, hoy abandonado,
fue transitado incontables veces por quienes,
luego de haber apedreado y esconder su mano,
cimentaron una tumba junto al árbol raído
de donde pende eternamente mi espíritu oscurecido por una mísera suerte.

Pudieron ustedes lanzar la primera piedra y también la última,
hasta sumir en el profundo foso este rostro,
donde un beso ponzoñoso
incineró cualquier canto de esperanza.

Spiritus frumenti

Esta copa reposa en silencio sobre la mesa vacía,
en una habitación que, en su lugar, pareciera una celda.

Se nos ha convocado a brindar, de rodillas,
por la aflicción de vivir en este sepulcro
que, con letras apenas perceptibles sobre lápidas destruidas,
ostenta la profunda grieta de los años.

Nadie acude a su amparo, más que aves nocturnas,
compañeras de la muerte,
que llevan el fuego en las alas para los hombres.
El malvado dios que las creara
les otorgó la ventura de arder eternamente en su vuelo.
Tampoco los vientos iracundos que azotan los pórticos afuera, las apagan.

Nos fue servido el vino negro de la aflicción;
para navegar, vasto océano de enfermedad se nos ha dado,
pues fuera del paraíso no existe ni un solo sitio
que escape de la maldición del tiempo.

La muerte de Judas

Llegaba ante el árbol Judas:
sangre en las manos, una soga en el cuello;
la colina rígida, impasible,
una moneda en su bolsillo
donde observaba un Jano roído y oxidado.

De voz crascitante y en los labios algunas gotas de sangre,
sobre los hombros una túnica enmohecida.

- ¡Vamos, Judas! Sube al árbol que después iré yo.
  El manto que te mantuvo vivo
  me dejó desnuda sobre el hielo.

  Que la soga que te tendí para salir del abismo
  te lleve a él para siempre,
  tú por traición, yo por la impoluta maldición de la muerte.

Cuando su boca se abrió finalmente, cayeron los ojos de su salvador.
También cayeron los míos.

No-Ángelus

Responso (emisario de Dios)

He aquí tu esclava, señor,
flotando sobre el charco inerte en que ha transmutado el paraíso.

Ángel embravecido, que traes sus promesas y designios,
ruego ante esta cárcel la caída
de mi cuerpo consagrado a la inclemencia.

No ha visto ante su mesa la ofrenda:

No hay oro, no hay indulgencia que prorrogue esta pena.

Tu principio, tu ahora y tu siempre, auguran los perros ferales

que roen mi cuerpo indigno.

Exitus letalis

Postrada en esta cama,
¡Oh, vana soledad!,
tu júbilo empaña dolorosa herida.

Viva aún en esta catacumba,
respiras dificultosamente
andando a rastras, animal reptante,
con la desgracia a cuestas.

Niebla poderosa… ¿acaso fueras ángel o profeta?
Fragata del infierno que navega en mi sangre oscura.

Ah, pobre condenada por Dios, a vagar por la penumbra.
Un dolor interminable resuena en tus alturas.
No tiembles, corazón,
aquella herida que sangra, incesante,
abordará tus suelos como una revelación.

Solo desde aquí, mis ojos en fuga, que ríen y lloran;
solo en el minuto que se olvida,
saben que le perteneces a la muerte
y que ha tardado demasiado en acudir a tu piadosa ayuda.

Cáncer

Busco mi voz,
pero ningún sonido surge al intentar decir:
¡Descansa!
Los gusanos en mi garganta lo han corroído todo.
Sus larvas incubaron en las últimas palabras que dije:
“Placer, reflejo”.
Hoy soy ciega y sin sombra.

El suicida

Sepultura entre cardos: I. Sueño de la muerte

Perdida en una madrugada de insomnio,
la cordura, ansiosa, sobrevuela mi cuerpo.
Un vítreo coro de alimañas,
inquieto, atraviesa las alturas.

¿Qué has de cantarle, ciega criatura,
para aliviar su orfandad,
cuando el vino te ha dotado de esperanza pasajera?

Los trinos de fúnebres aves allá afuera,
aprietan las campanas de la muerte,
mientras tanto, estos ojos atribulados emergen
de la urna quebrantada que es ahora mi pecho.

Fui en vano la vida, infantil proeza, para perderla,
y hoy… sueño con la tranquilidad inconcebible de la muerte.

Sepultura entre cardos: II. Incineración

Ha marcado las nueve el reloj,
su rumor silba a mi oído con ligereza,
esclavo de una bestia atroz florece y se marchita.

Distante, Pathos, observa con dolor su suerte,
el loto negro que crece en su seno
le ha sido arrancado sin piedad.

De pie, bajo el castaño se balancea torpemente,
el melífero licor de la muerte ha bañado su garganta…

Observa el pedestal que cae.
Anhela el fuego que purifica.
Ritmo enrarecido en las venas.
¡Vino negro de la insidia!

Festejen pues, espíritus de la tempestad,
en derredor de este cuerpo que danza en el aire,
que danza en la horca.

Larvario

Bilis negra

Del libro sobre mi pecho, grises larvas se escabullen,
a la izquierda permanece aquel cristal con azules vestigios.

Un cadáver malogrado son sus páginas,
hoy vistas a media luz.
Dentro del panteón, en cambio, luce en intacta melancolía,
el gesto del primer día en que reposo bajo la tierra.

Nada ha logrado alumbrar este yermo vacío,
todo amor ha desembocado en muerte:
fruto putrefacto de la esperanza.

El mal que surgiera de este cuerpo enfermo, caudal negro,
ha trazado las líneas nefastas que escribieran mi porvenir.
Ni bien nacía, ya el pesado mazo de algún genio maligno
pulverizaba mis manos.

En plena juventud, una oscura brisa nubló mi canto
y, en años subsiguientes, una orquídea mortecina
reemplazó mi corazón.